

VIGÉSIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Muchos hijos adultos aprendieron a temprana edad que el conflicto era peligroso. Nos volvimos hábiles en darnos cuenta de la situación, en mantener la paz, en mitigar lo que realmente pensábamos o evitar por completo conversaciones difíciles. Otros aprendieron lo contrario, y se volvieron muy directos de formas que podían resultar duras o controladoras. La recuperación nos invita a descubrir una forma más honesta y amorosa de relacionarnos.

Las lecturas de este domingo se relacionan directamente con ese proceso. En la primera lectura, el Señor designa a Ezequiel como centinela y le indica que advierta a los demás cuando el peligro se acerca (Ezequiel 33:7–9). En el Evangelio del domingo, Jesús brinda un proceso claro para atender el daño: *“Si tu hermano comete un pecado, ve y amonéstalo a solas.”* (Mateo 18:15).

Jesús no nos dice que ocultemos lo que pasó, que finjamos que todo está bien o que hablemos con otros excepto con la persona involucrada. Comienza diciendo que se requiere una conversación directa y privada. El propósito no es avergonzar ni ganar. Jesús dice, *“Si te escucha, habrás salvado a tu hermano.”* (Mateo 18:15). El objetivo es la corrección.

Para los hijos adultos, esto puede ser desafiante. Hablar con honestidad puede despertar viejos temores: ¿Y si se enfadan? ¿Y si me rechazan? ¿Y si me malinterpretan? Podemos sentirnos responsables de proteger a otra persona de la incomodidad, incluso cuando hacerlo nos obliga a abandonar nuestra propia vivencia. El silencio puede percibirse como más seguro que la propia verdad.

La recuperación nos enseña que la comunicación directa no es sinónimo de agresión. Podemos ubicar lo que ocurrió, explicar cómo nos afectó y decir lo necesario sin atacar el carácter de una persona. También podemos establecer un límite sin exigir que la otra persona esté de acuerdo. Su reacción les pertenece a ellos.

Aceptar la corrección puede ser igual de difícil. Si la crítica durante la infancia venía acompañada de vergüenza, burla o retiro de afecto, incluso un comentario amable puede resultar amenazante. Puede ser que inmediatamente nos defendamos, caigamos en la culpa o asumamos que un error significa que algo está mal dentro de nosotros. La recuperación nos permite retrasar esas reacciones. Podemos preguntarnos si es que hay algo de verdad en lo que escuchamos, sin tener que convertir la corrección en una condena.

En la segunda lectura, San Pablo nos da el parámetro: *“Quien ama a su prójimo no le causa daño a nadie. Así pues, cumplir perfectamente la ley consiste en amar.”* (Romanos 13:10). El amor no requiere que desaparezcamos. Tampoco la honestidad nos da el permiso para ser crueles. Las relaciones maduras dejan espacio a la verdad, a la dignidad, a los límites y a la reparación.

Por ello es que la comunidad es tan importante. Jesús promete que *“Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos”* (Mateo 18:20). Las relaciones sanas emanadas de la recuperación nos brindan un lugar para trabajar en ser aceptados sin demostrar, hablar con honestidad sin manejar cada reacción y recibir comentarios sin asumir el rechazo. Es posible que aprendamos que el desacuerdo es superable y que la reparación es posible.

A veces, tenemos que trabajar en encontrar el valor para decir las cosas. Otras veces, es escuchar sin ponerse a la defensiva ni sentir culpa. En otras ocasiones, es reconocer que nos hemos vuelto demasiado responsables de arreglar una relación después de haber hablado con claridad y respeto.

Cristo está presente en estos momentos difíciles. Nos enseña que el conflicto no siempre significa abandono y que la decepción que siente otra persona no determina nuestro valor. Podemos decir la verdad sin abandonarnos a nosotros mismos, y podemos escucharla sin caer en la culpa.

La recuperación nos ofrece una nueva manera de relacionarnos. No tenemos que elegir entre el silencio y el control, ni entre mantener la paz y hablar con sinceridad. Teniendo a Cristo entre nosotros, la verdad y el amor pueden permanecer juntos, dando paso a relaciones basadas en la dignidad, en la libertad y en la gracia

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué temor suele surgir cuando piensas en hablar con honestidad sobre el dolor, el conflicto o un límite?
- Ante la corrección actúas ¿a la defensiva, con culpa, complaciendo a los demás, aislándote o con algo adicional?
- ¿Dónde podría estar invitándote Cristo a practicar una comunicación directa y amorosa, sin asumir la responsabilidad de la reacción de la otra persona?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Ezequiel 33:7–9

SAL. RESP. Salmo 95:1–2, 6–7, 8–9

SEGUNDA LECTURA Romanos 13:8–10

EVANGELIO Mateo 18:15–20